

## LA ILÍADA CANTO I

TRADUCCIÓN DE LAURA MESTRE HEVIA<sup>1</sup>

### La epidemia. El resentimiento

**C**anto ¡oh Musa! de Aquiles, hijo de Peleo, la cólera funesta que causó infinitos males a los griegos; que precipitó a los infiernos las almas valerosas de muchos héroes, y los hizo servir de pasto a los perros y a todas las aves de rapiña –así se cumplió la voluntad de Júpiter– desde que, por primera vez, separó una disputa al hijo de Atreo, jefe de los griegos y al divino Aquiles.

Ahora ¿cuál de los dioses los incitó a esa contienda? El hijo de Júpiter y de Latona: irritado contra el rey, suscitó en el ejército una terrible enfermedad; y los pueblos morían porque Atrida había despreciado al sacerdote Crises. Dirigiéndose este a las rápidas naves de los griegos, con el fin de libertar a su hija, con un rico rescate, llevando la banda del certero Apolo en el cetro de oro, suplicaba así a todos los griegos y sobre todo a los dos hijos de Atreo, caudillos de pueblos:

“¡Atridas y griegos de brillante armadura! los dioses, moradores del Olimpo, os concedan tomar la ciudad de Príamo, y retornar felizmente a vuestros hogares; pero libértadme a mi hija querida y aceptad el rescate, venerando al hijo de Júpiter, el certero Apolo”.

Entonces todos los demás griegos proclamaron que se respetara al sacerdote, y se recibiera el magnífico rescate, pero Agamenón no quería acceder, y lo despidió con desprecio, añadiendo estas duras palabras:

“Viejo, que no te encuentre yo junto a nuestras espaciosas naves, por haberte detenido o por haber vuelto otra vez, no sea que no te valga el cetro ni la banda del dios. En cuanto a ella, no la libertaré hasta que no llegue a la vejez,

---

<sup>1</sup> Al hacer la transcripción mecanográfica solo se ha modernizado la ortografía en normas como la acentuación de los monosílabos, pero lo demás se ha respetado el original y, en caso de tachaduras o correcciones del manuscritos y que podemos atribuir a la autora, se ha optado por la última asentada por ella.

en mi casa, en la Argólida, lejos de su patria, bordando la tela y compartiendo mi lecho. Anda, vete, no me irrites, porque no estarías seguro”.

Así dijo: atemorizóse el anciano y obedeció la orden. Partió callado, siguiendo la orilla de la mar rugiente; pero cuando estuvo lejos le rogó mucho al soberano Apolo, hijo de Latona, la de hermosa cabellera.

“¡Escúchame, dios del arco de plata, que proteges a Crisa y a la divina Cila, y que reinas en Ténedos, Apolo Esminteo! Si alguna vez adorné tu templo para hacértelo grato, si alguna vez quemé en tu obsequio los pernils cubiertos de grasa de toros y de cabras, cúmpleme este voto: expíen los griegos mis lágrimas con tus dardos!”.

Tal fue su súplica, y Febo Apolo la escuchó. Bajó de la cima del Olimpo con el ánimo irritado, llevando en los hombros el arco y la repleta aljaba: al agitado andar resonaban las flechas del enojado dios: parecía la noche que se acercaba.

Sentándose luego a cierta distancia de las naves, lanzó un dardo: ¡terrible fue el ruido del arco de plata! Sus primeras víctimas fueron los mulos y los ágiles perros; pero luego sus dardos mortales hirieron a los hombres; y muchas piras de cadáveres ardían siempre en el campamento.

Los dardos del dios atravesaron el ejército nueve días seguidos. El décimo, Aquiles convocó al pueblo a una asamblea: Juno, la diosa de blancos brazos, conmovida por la mortandad de los griegos, le sugirió esa idea. Una vez convocados y reunidos, levantóse en medio de ellos Aquiles, de pies ligeros, y habló así:

“Atrida, llegó según creo, para nosotros el día de abandonar la empresa, escapando al menos de la muerte; pues la guerra y la peste juntamente rinden a los griegos”.

“Pero consultemos a un adivino o a un sacerdote, o siquiera a un interpretador de sueños –que también el sueño viene de Júpiter– para que nos diga por qué Febo Apolo está tan irritado, si es por algún voto o hecatombe: tal vez recibiendo en ofrenda el humo de los corderos y de las cabras más escogidas, consienta en alejar de nosotros la plaga”.

Después de hablar así, se sentó. Levantóse entonces entre ellos Calcas, hijo de Téstor, el mejor de los adivinos, que conocía el pasado, el presente y el porvenir, y había guiado las naves de los griegos hasta Ilión, merced al arte adivinatoria que debía a Febo Apolo: lleno de buena voluntad hacia ellos, les dirigió este discurso:

“¡Oh Aquiles, preferido de Júpiter! me ordenas que explique la cólera de Apolo, rey que hiere de lejos; pues bien, hablaré, pero promete y júrame que estarás dispuesto a defenderme con palabras y obras, porque voy a contrariar al hombre que posee mando supremo sobre todos los griegos y a quien todos los griegos obedecen. Cuando un rey poderoso se irrita contra un inferior, aunque ese día domine su cólera, guarda el rencor en su pecho hasta vengarse. Dime, pues, si vas a salvarme”.

El veloz Aquiles, de pies ligeros, en respuesta le dijo:

“Ten entera confianza, y di el oráculo que sabes. Por Apolo, predilecto de Júpiter, adorado por ti, y cuyos oráculos descubres a los griegos: mientras yo exista y vea la luz sobre la tierra, no habrá entre todos los griegos ninguno que ponga en ti su fuerte mano, junto a las hondas naves, aunque hablaras en contra de Agamenón que ahora se gloria de ser el más poderoso de los griegos”.

Entonces el intachable adivino cobró ánimo y dijo:

“El dios no se queja de ningún voto o hecatombe, sino por su sacerdote, a quien Agamenón ha ofendido al no devolverle a su hija, ni recibir el rescate. Por esta razón, el dios que hiere de lejos ha causado desgracias y las causará todavía, y no alejará las Parcas terribles de la peste hasta que no devuelvas al padre amado, sin recompensa ni rescate, la joven de ojos negros, y se lleve a Crises una hecatombe sagrada: una vez aplacado el dios, podríamos contar con su protección”.

Después de hablar así, se sentó el adivino. Pero entonces se levantó entre los griegos el héroe, hijo de Atreo, el poderoso Agamenón, indignado, con la mente oscurecida por inmensa furia, y los ojos brillantes como fuego. Con siniestra mirada interpeló primero a Calcas: “Profeta de desgracias: nunca me has dicho nada agradable; prefieres siempre vaticinar males; nunca dices ni cumples nada bueno. Ahora mismo has declarado ante los griegos que el certero Apolo les envía males, porque yo no he querido recibir el valioso rescate de la joven Criseida; pues deseo ardientemente tenerla en mi casa. En verdad, la prefiero a Clitemnestra, con quien me casé siendo ella joven, porque no le es inferior en el cuerpo, ni en la presencia, ni en el entendimiento, ni en las labores femeninas. Con todo, deseo devolverla, si es conveniente: prefiero que el pueblo se salve y no que muera. Así preparadme en seguida otro premio, para no ser el único griego falto de recompensa, lo cual no estaría bien; y todos veis que mi premio pasará a otras manos”.

El divino Aquiles, de pies ligeros, le respondió al momento:

“Glorioso hijo de Atreo, el más ambicioso de los hombres, ¿cómo pudieran darte otra recompensa los magnánimos griegos? No sabemos que haya en ningún lugar tantas recompensas comunes, pues las que llevamos de las ciudades se han repartido ya, y no sería posible volverlas a reunir. Entrega, pues, ahora tu premio al dios, que los griegos te pagaremos con el triple o el cuádruple, si algún día Júpiter nos concede saquear a Troya, la bien fortificada ciudad”.

El poderoso Agamenón le contestó a su vez: “Aquiles, semejante a los dioses, no trates de engañarme, confiado en tu valor, pues no podrás sorprenderme ni persuadirme. Es decir: que mientras tú guardas tu recompensa, quieres que yo permanezca impasible, cuando he sido despojado; y me ordenas entregar la mía? Así será si los griegos me dan otra recompensa que a mi juicio sea equivalente. Pero si no me la dan, yo mismo iré a buscar la tuya o la de Ajax, o a la fuerza me llevaré la de Ulises; aunque se encolerice aquel a quien yo me dirija; pero discutiremos este asunto más adelante. Echemos ahora al sagrado mar una nave negra, y reunamos los remeros que se necesiten; pongamos dentro una hecatombe, y hagamos subir a bordo a la joven Criseida, de lindo rostro; que un jefe dirija la expedición, Ajax, Idomeneo, o el divino Ulises, o tú, hijo de Peleo, el más egregio de todos los hombres, a fin de aplacar a Apolo, ofreciéndole sacrificios”.

Entonces Aquiles, de pies ligeros, le contestó, mirándole torvamente:

“¿Qué dices, hombre lleno de audacia, ávido de provecho? ¿cuál de los griegos debiera someterse a ti, o acatar tus órdenes, ya para venir en la expedición, ya para luchar valerosamente contra los guerreros? En cuanto a mí, no he venido a combatir a los troyanos armados de lanzas, que no me han hecho ningún mal: no han robado mis bueyes, ni mis caballos; ni en la fértil Ftia, abundante en guerreros, han destruido mis cosechas, pues de ellos nos separan muchos montes espesos y el mar rugiente. Te hemos seguido, hombre audaz, para que tengas el gusto de obtener sobre los troyanos la venganza de Menelao y tuya, descarado, lo cual no te inquieta ni te preocupa. Además, amenazas con arrebatarme la recompensa por la que tanto he luchado y que los griegos me otorgaron. Jamás obtuve premio igual al tuyo, cuando los griegos destruían alguna populosa ciudad troyana.

En verdad, mis manos son las que más trabajan en el ardor de la contienda, pero si ocurre por casualidad algún reparto, tu botín es mucho mayor; y yo vuelvo a las naves con alguna grata y corta recompensa, después del penoso combate.

Ahora voy a Ftia, porque prefiero regresar a mi casa en las corvas naves; y no creo que injuriándome puedas conseguir aquí provecho y riquezas”.

A su vez le respondió el rey Agamenón:

“Huye, pues, si esa es tu voluntad: no te suplico que te quedes por causa mía. A mi lado hay otros que me honrarán, y sobre todos el providente Júpiter. Tú eres para mí el más odioso de los reyes descendientes de Júpiter: siempre te agradan las disputas, la guerra y los combates. Si eres muy esforzado, lo debes a algún dios: vuelve a tu casa con tus naves y tus compañeros; ve a reinar sobre los mirmidones: no me cuido de ti, ni me preocupa tu cólera. Te dirijo esta amenaza: puesto que Febo Apolo me quita a Criseida, la enviaré con mis compañeros en mi nave, y me traeré a la bella Briseida, tu recompensa, yendo yo mismo a tu tienda, para que sepas bien que soy más poderoso que tú, y para que nadie se atreva a decir que es igual a mí, ni a compararse conmigo en mi presencia”.

Así habló, y el pesar se apoderó del hijo de Peleo: en su velludo pecho su corazón vacilaba entre dos impulsos: o tomar de su costado la aguda espada, y apartando a los que le rodeaban, dar muerte al Atrida, o reprimir su cólera y contener su furor. Mientras tales sentimientos agitaban su ánimo y su corazón, y desenvainaba su gran espada, Minerva bajó del cielo, enviada por Juno, la diosa de blancos brazos, que amaba a los dos guerreros y los atendía por igual. Detúvose detrás y sujetó por la rubia cabellera al hijo de Peleo, apareciéndose a él solo, sin que los demás pudieran verla. Sorprendido Aquiles, se volvió, conociendo al instante a Minerva, cuyos ojos le parecieron terribles, y a quien dirigió estas aladas palabras:

“¿Por qué has venido, hija del dios que lleva la égida? ¿Es para presenciar las injurias de Agamenón, hijo de Atreo? Pues te diré lo que pasará a mi juicio: que perderá bien pronto la vida por sus insolencias”.

A su vez le respondió Minerva, la diosa de ojos brillantes:

“He venido del cielo para contener tu cólera, si me obedeces: he sido enviada por Juno, la diosa de blancos brazos, que os ama y os atiende por igual. Pero, vamos, cesa en la contienda, y no empuñes la espada, aunque le dirijas de palabra algún insulto, sea el que fuere. Añadiré lo siguiente que ha de cumplirse: algún día se te ofrecerán dones tres veces más brillantes, a causa de esta injuria; ahora reprímeme y obedéceme”.

En respuesta le dijo Aquiles, el de los pies ligeros:

“Diosa, vuestros mandatos deben cumplirse, aunque yo tenga el ánimo irritado; ¡así conviene! el que obedece a los dioses es más atendido por ellos”.

Dijo; y apoyando su fuerte mano en el puño de plata de su gran espada, la hizo entrar en la vaina, y acató la orden de Minerva. Esta se volvió al Olimpo, morada de Júpiter, el dios que lleva la égida, entre las otras divinidades.

No obstante, el hijo de Peleo dirigió de nuevo palabras insultantes al hijo de Atreo, desahogando su ira:

“Bebedor, de mirada cínica y corazón de ciervo, nunca has resuelto armarte para combatir con los demás guerreros, ni tomar parte en alguna emboscada con los más valientes, porque esto te parece morir. Te es harto más fácil, en el extenso campo de los griegos, arrebatar sus premios a cualquiera que haya hablado mal de ti. Rey que devoras a tu pueblo, porque reinas sobre cobardes, de otro modo esta sería la última vez que insultaras. Pero te diré un gran juramento, muy importante para ti: por este cetro que no ha producido nunca hojas ni ramas, desde que por vez primera abandonó su tronco en los montes, ni volverá a florecer, porque el hierro le ha quitado las hojas y la corteza, cetro que ahora llevan en sus manos los hijos de los griegos que ejercen la justicia y guardan las leyes en nombre de Júpiter: algún día todos los griegos sentirán la ausencia de Aquiles, y aunque te conduelas, no podrás remediarlos en nada. Cuando el homicida Héctor haga caer expirantes a muchos, entonces sentirás dolor y remordimiento por no haber honrado al más valeroso de los griegos”.

Así habló el hijo de Peleo; después arrojó por tierra su cetro perforado con clavos de oro y se sentó: entretanto el hijo de Atreo estaba furioso. Entonces se levantó entre ellos Néstor, el de suave palabra, armonioso orador de los pilios, cuya lengua manaba voces más dulces que la miel. Antes de él habían muerto dos generaciones de hombres que fueron contemporáneos suyos y se criaron en la divina Pilos: ahora reinaba sobre los de la tercera. Lleno de benevolencia por entrambos, les dirigió este discurso:

“¡Oh dioses! ¡qué inmensa desgracia cae sobre Grecia! Se alegrarían sin duda Príamo y también sus hijos y los demás troyanos, si supieran que disputáis los que tenéis supremacía en la asamblea y en el combate. Dejaos persuadir por mí, ya que sois más jóvenes. En otro tiempo traté a guerreros más valientes que nosotros, y nunca me despreciaron; pues nunca he visto ni veré hombres como Piritoo y Drías, pastor de pueblos, y Ceneo, Exadio y Polifemo, parecido a un dios, y Teseo, hijo de Egeo, semejante a los inmortales. Es verdad que esos

hombres se criaron como los más fuertes de la tierra; y combatieron también contra los más fuertes: los centauros de las montañas, a quienes exterminaron de un modo terrible. Llegado de lejos, de la remota Pilos, estuve a su lado, porque me llamaron, y combatí por mi cuenta. Ninguno de los hombres que hoy existen combatiría con ellos, y sin embargo escuchaban mis consejos y obedecían a mi voz: obedeced vosotros también, porque es lo mejor. Tú, por valeroso que seas, no le arrebatas la joven, déjasela, pues los griegos le otorgaron esa recompensa. Y tú, hijo de Peleo, no intentes luchar frente a frente con el rey, pues goza de más prestigio que ninguno de los que tienen cetro y han recibido de Júpiter la gloria. Si eres valiente y has nacido de una diosa, él es más poderoso, porque reina sobre más hombres. Y tú, hijo de Atreo, reprime tu ira, calma, te lo ruego, tu rencor contra Aquiles, que es para todos los griegos un gran baluarte en esta guerra terrible”.

El poderoso Agamenón tomó la palabra y le dijo:

“Ciertamente, anciano, has hablado conforme a la razón. Pero ese guerrero quiere sobreponerse a todos los demás y subyugar a todos y reinar sobre todos y dar órdenes a todos, lo que no puede consentirse. Si los dioses inmortales le han hecho guerrero, ¿le permitirán por eso dirigir palabras injuriosas?”.

Entonces, el divino Aquiles contestó interrumpiéndole:

“Me llamarían, en verdad, cobarde y pusilánime, si asintiera a cuanto has proferido: da esas órdenes a otros, y no me mandes a mí, porque he resuelto no obedecerte. Algo más he de decirte y grábalo en tu mente: no combatiré con mis manos por la joven, ni contigo, ni con otro cualquiera, ya que así como me la habéis dado me la quitáis; pero en cuanto a las demás cosas que poseo junto a mi negra y veloz nave, no podrás arrebatarme ninguna, contra mi voluntad. Y si quieres, vamos, haz la prueba para que estos también lo sepan: al instante tu oscura sangre saltará bajo mi lanza”.

Después de haber disputado así con palabras contrarias, se levantaron, disolviendo la asamblea junto a las naves de los griegos. El hijo de Peleo volvió a sus tiendas y a sus iguales naves, con el hijo de Menecio y demás compañeros, mientras el Atrida sacó al mar una nave ligera: le escogió veinte remeros, y puso en su interior una hecatombe para el dios. Llevando luego a la joven Criseida, de bello rostro, la colocó en la nave, a la cual subió como jefe el sagaz Ulises.

En cuanto hubieron embarcado, empezaron a navegar por el húmedo camino. El Atrida ordenó que el pueblo se purificara; purificóse este, echando al

mar las suciedades del cuerpo; luego sacrificaron a Apolo hecatombes completas de toros y cabras, junto a la orilla del infecundo mar, y el olor de la grasa subía al cielo, mezclado con el humo.

Así se ocupaban en la armada, pero Agamenón no olvidó la injusticia con que antes había amenazado a Aquiles, y dirigió la palabra a Taltibio y a Euríbatas, sus heraldos y ministros diligentes:

“Id a la tienda de Aquiles, hijo de Peleo, y tomando por la mano a la bella Briseida, traedla; pero si él no la entrega, yo mismo se la arrebataré llevando más gente, lo cual le sería más penoso”.

Habiendo hablado así, los envió, añadiendo violentas palabras: ambos partieron disgustados, siguiendo la orilla del infecundo mar, y llegaron a las tiendas y a las naves de los mirmidones. Encontraron a Aquiles sentado cerca de su tienda y de su oscura nave: al verlos no se regocijó: ellos se detuvieron ante el rey turbados y respetuosos, sin dirigirle la palabra ni interrogarle.

Comprendiendo su intención, Aquiles les dijo:

“Salud heraldos, mensajeros de Júpiter y también de los hombres, aproximados: en nada sois culpables contra mí, sino Agamenón que os envía por la joven Briseida. Vamos, Patroclo, descendiente de Júpiter, haz salir a la joven y entrégala a los dos heraldos para que se la lleven, y me sirvan de testigos ante los dioses bienaventurados, ante los hombres mortales y ante el rey inhumano, si algún día necesitan de mí para librarse de un azote indigno... pues Agamenón, con sus ideas funestas, delira, y no sabe recordar ni prever nada, para que los griegos combatan por él junto a las naves”.

Así habló; y Patroclo obedeció a su amado compañero: trajo de la tienda a la bella Briseida, y la confió a los heraldos para que se la llevaran: estos retornaron hacia las naves de los griegos, y la mujer los seguía contra su voluntad. Después de haber llorado, Aquiles se sentó aparte, lejos de sus compañeros, a orillas del mar espumoso, contemplando el oscuro ponto; y tendió sus manos rogando largo tiempo a su madre amada: “Ya que nací de ti, destinado a breve vida, debiera al menos el tonante Júpiter Olímpico enviarme la gloria. Ahora no me ha honrado en nada, pues el poderoso Agamenón Atrida, después de insultarme, me arrebató mi recompensa y la posee”.

Así le habló llorando: oyóle su venerable madre, que estaba sentada en las profundidades del mar, junto a su anciano padre. Levantóse en seguida sobre el



mar espumoso, a semejanza de una niebla, y se sentó enfrente del lloroso Aquiles; le acarició con la mano y le dijo estas palabras:

“Hijo, ¿por qué lloras? ¿qué pena domina tu corazón? Habla: no ocultes tu pensamiento, para que los dos nos enteremos”.

Con un profundo suspiro le contestó el divino Aquiles:

“Tú lo sabes, ¿para qué decir estas cosas a quien nada ignora? Fuimos a Tebas, la ciudad sagrada de Aeción; la saqueamos y trajimos aquí todo el botín, el cual se repartió bien entre los griegos, escogiéndose a la bella Criseida para el Atrida. Pero en seguida Crises, sacerdote del certero Apolo vino a las naves de los griegos revestidos de bronce, para libertar a su hija, trayendo un inmenso rescate, y la banda del flechador Apolo sobre el cetro de oro; y suplicaba a todos los griegos, sobre todo a los dos Atridas, jefes de pueblos.

Entonces todos los griegos proclamaron que se respetara al sacerdote y se recibiera el magnífico rescate, pero esto no agradó a Agamenón que lo despidió de mal modo dirigiéndole violentas palabras. Encolerizado el anciano, se retiró y Apolo escuchó su ruego, porque le tenía gran aprecio. Inmediatamente lanzó a los griegos un dardo funesto, y los pueblos morían en montón: las flechas del dios caían por todas partes en la numerosa armada griega. Un sabio adivino nos declaró los oráculos del certero Apolo; y yo fui el primero en aconsejar que se obedeciera al dios. Pero la cólera se apoderó al instante del Atrida: levantóse súbitamente, y lanzó una amenaza que ya se ha cumplido, porque los griegos de ojos vivos enviaron en una nave ligera a la joven a Crises, agregando presentes al dios; y después unos heraldos se llevaron de mi tienda a la joven Briseida, que me habían dado los griegos. Si te es posible, socorre a tu hijo: yendo al Olimpo, suplica a Júpiter, si en algún tiempo halagaste su corazón con palabras y obras; pues con frecuencia, en el palacio de mi padre, te oí vanagloriarte diciendo que tú sola entre los inmortales, habías librado de una desgracia indigna al hijo de Saturno que amontona las nubes, cuando quisieron encadenarlo los demás dioses del Olimpo, aun Juno, Neptuno y Minerva. Pero tú llegaste y lo libertaste de las cadenas, llamando en seguida al vasto Olimpo al gigante de cien brazos, a quien los dioses llamaban Briareo, y todos los hombres Egeón, porque supera en fuerza a su padre, el cual se sentó al lado del hijo de Saturno, orgulloso de su gloria. Entonces los dioses bienaventurados le temieron y no encadenaron a Júpiter. Ahora siéntate a su lado y abraza sus rodillas, a ver si quiere auxiliar a los troyanos, y repeler y exterminar a los griegos, a orillas del mar, junto a las naves, para

que todos padezcan por su rey, y también para que el hijo de Atreo, el poderoso Agamenón, conozca su falta, al injuriar al más valiente de los griegos”.

En seguida le respondió, vertiendo lágrimas, Tetis:

“¡Ay de mí, hijo mío! ¿por qué te crié, después de haber nacido funestamente? Has debido quedarte sin lágrimas ni penas junto a las naves, ya que tu destino no será largo sino breve. Ahora estás sujeto a corta vida, siendo además muy desgraciado. ¡Así te di a luz en el palacio con suerte fatal! Para hablarle de ti al tonante Júpiter, si quiere escucharme, iré yo misma al Olimpo, cubierto de nieve. Sentado junto a las veloces naves, conserva tu rencor contra los griegos, y abstente de todo combate. Ayer partió Júpiter hacia el océano, a la región de los dignos etíopes, para asistir a un banquete, y los demás dioses le siguieron. Pero el duodécimo día volverá al Olimpo, y entonces iré por ti al palacio de cimientos de bronce de Júpiter, y abrazaré sus rodillas, y creo que lograré persuadirlo”.

Después de hablar así, se alejó la diosa, dejando a Aquiles con el ánimo irritado, a causa de la joven de bella cintura que le habían arrebatado contra su voluntad.

Entretanto Ulises se dirigía a Crises, conduciendo la hecatombe sagrada. Cuando hubieron entrado en el profundo puerto recogieron las velas y las pusieron en la oscura nave, acercaron el mástil a la crujía, bajándolo rápidamente con los cables, e impulsaron la embarcación hacia dentro con los remos, arrojaron las anclas y pusieron las amarras. Bajaron luego ellos mismos a tierra, y sacaron la hecatombe destinada al certero Apolo; y Criseida salió de la nave que surca los mares. En seguida el sagaz Ulises, llevándola hacia el altar, la puso en manos de su querido padre, a quien dijo:

“¡Oh Crises! he sido enviado por el rey Agamenón para traerte a tu hija y sacrificar a Febo una hecatombe sagrada en favor de los hijos de Dánao, a fin de aplacar al dios que ahora nos envía desdichas deplorables”.

Después de hablar así, puso en sus manos a Criseida: el sacerdote recibió regocijado a su amada hija. En seguida, los griegos colocaron en orden, ante el bien construido altar, la magnífica hecatombe, laváronse luego las manos y tomaron la avena sagrada. A su vez, Crises, levantando las manos, rogaba en alta voz por ellos:

“¡Escúchame, dios del arco de plata, que proteges a Crisa y a la divina Cila, y reinas poderosamente en Tenedos! Antes escuchaste mi súplica honrándome

y castigando con rigor la armada de los griegos: ahora cúpleme también este voto: aparta de ellos el terrible azote”.

Así dijo en su ruego; y Febo Apolo escuchó sus votos. En cuanto hubieron suplicado y esparcido los granos de avena, alzaron la cabeza de las víctimas y las degollaron, quitándoles luego la piel y cortando sus perniles; después los cubrieron dos veces de grasa y pusieron encima pedazos de carne cruda. El anciano Crises los quemó sobre astillas de leña, vertiendo arriba oscuro vino: a su lado unos jóvenes llevaban en sus manos tenedores de cinco puntas. Cuando se quemaron los perniles y se probaron las vísceras, cortaron en trozos la carne restante y los pincharon con los tenedores, cociéndolos con cuidado; por último, lo retiraron todo del fuego. Una vez concluido el trabajo y dispuesto el festín, comenzó este, y todos comieron por igual hasta saciarse. Cuando hubieron satisfecho el ansia de comer y beber, los jóvenes colmaron las cráteras de vino, que repartieron entre todos, ofreciendo las primicias de las copas.

Durante todo el día, los jóvenes griegos trataron de aplacar a Febo Apolo con sus cantos, entonando un bello peán en loor del flechero dios, que los escuchaba con placer.

Cuando se puso el sol y sobrevino la oscuridad, se acostaron junto a las amarras de la nave, pero al aparecer la Aurora de rosados dedos, hija de la mañana, retornaron a la extensa armada de los griegos; y el certero Apolo les envió un viento favorable. Entonces levantaron el mástil y desplegaron las blancas velas: el viento infló el centro del velamen; y en torno a la quilla que avanzaba, las ondas purpúreas gemían ruidosamente, mientras la nave corría sobre el mar y terminaba su viaje. Al llegar a la extensa flota griega, halaron la nave hacia tierra, sobre las arenas, y le pusieron debajo grandes soportes; luego se dispersaron en medio de las tiendas y de las naves.

Entretanto, sentado junto a las rápidas naves, se entregaba a su furor el noble hijo de Peleo, Aquiles, de pies ligeros: ya nunca asistía al consejo de los jefes ni a la contienda. Su espíritu se consumía en la inacción, y echaba de menos el grito del combate y la guerra.

Cuando llegó, por fin, la aurora del duodécimo día, subieron juntos al Olimpo los dioses inmortales con Júpiter al frente. Tetis no olvidó las súplicas de su hijo, y se alzó sobre las olas del mar, subiendo temprano al vasto cielo y al Olimpo. Allí encontró al tonante hijo de Saturno, sentado aparte de los demás dioses, en la cumbre más elevada del Olimpo, de numerosas cimas. Sentóse Tetis

frente a él, y tocó sus rodillas con la mano izquierda: y con la derecha su barba, suplicando con estas palabras al soberano Júpiter, hijo de Saturno:

“Padre de los dioses, si alguna vez te fui útil entre los inmortales, por la palabra o la acción, cúmpleme este voto: honra a un hijo mío, destinado a más breve vida que los demás guerreros; a quien ha ofendido el rey Agamenón, apoderándose de su recompensa y guardándola para sí. Pero véngalo tú, dios del Olimpo, prudente Júpiter, y concede la victoria a los troyanos hasta que los griegos honren a mi hijo y acrecienten su gloria”.

Así habló la diosa, pero Júpiter, el dios que amontona las nubes, no le contestó, permaneciendo callado largo tiempo. Tetis continuó abrazando sus rodillas, y le instó por segunda vez:

“Accede, haciendo una señal de aprobación, o rehúsa, pus nada tienes que temer, para cerciorarme de que soy la menos considerada de todas las diosas”.

Pero Júpiter, el dios que amontona las nubes, suspiró profundamente y le dijo: “Habrá tristes sucesos si me obligas a detestar a Juno por haberme irritado con sus palabras ofensivas: siempre me ataca sin razón en medio de los dioses inmortales, y dice que yo auxilio a los troyanos en el combate. Ahora retírate otra vez para que no te vea, y yo cuidaré de cumplir estas promesas. Si quieres, haré una señal de asentimiento con la cabeza, para que tengas confianza, porque este es mi testimonio más grande entre los inmortales: lo que yo haya confirmado con la cabeza, no puede revocarse, ni falsearse, ni dejar de cumplirse”.

Tales palabras profirió el hijo de Saturno e hizo una señal con sus cejas oscuras; y en su inmortal cabeza se agitaron sus cabellos perfumados de ambrosía, y se conmovió el vasto Olimpo.

Habiendo deliberado así, se separaron: Tetis saltó en seguida al mar profundo desde el Olimpo resplandeciente, y Júpiter volvió a su palacio. Todos los dioses se levantaron de sus asientos en presencia de su padre: ninguno se hubiera permitido esperar a que llegase; todos se mantenían de pie ante su vista. Entonces él se sentó en su trono; pero Juno sabía, por haberlo visto, que Tetis, la diosa de los pies de plata, hija del anciano del mar, había concertado con él algún plan, y al momento, dirigió estas palabras a Júpiter, hijo de Saturno:

“¿Qué diosa ha venido a concertar planes contigo, engañador? Siempre te ha gustado, lejos de mi presencia, meditar y resolver asuntos secretos, sin decirme amablemente una palabra de tus maquinaciones”.

El padre de los hombres y de los dioses le respondió en seguida:

“No esperes, Juno, llegar a conocer todos mis designios: te serían difíciles de comprender, a pesar de ser mi esposa. El propósito que pueda descubrir, nadie lo sabrá primero que tú, ni entre los dioses, ni entre los hombres; pero el que quiera imaginar lejos de los dioses, no desees conocerlo, ni trates de averiguarlo”.

La venerable Juno, la diosa de grandes ojos, le contestó al momento:

“Temible hijo de Saturno, ¿qué palabras has dicho? Antes de ahora no te he preguntado, ni he tratado de investigar nada: con entera tranquilidad has resuelto lo que has querido; pero mi ánimo abriga actualmente el terrible temor de que te haya seducido Tetis, la diosa de los pies de plata, hija del anciano del mar; porque muy de mañana se ha sentado cerca de ti y ha abrazado tus rodillas. Creo que le has hecho una señal de asentimiento, prometiéndole honrar a Aquiles, y hacer morir a muchos hombres junto a las naves de los griegos”.

Júpiter, el dios que amontona las nubes, le contestó con estas palabras:

“Desgraciada, siempre estás sospechando de mí y espiándome. No lograrás sino alejarte de mi corazón, lo cual te será aún más penoso: si ese es mi designio, me agrada realizarlo. Pero siéntate en silencio, y obedece mi orden, no sea que no te valga el auxilio de todos los dioses del Olimpo, cuando ponga sobre ti mis manos invencibles”.

Así dijo: atemorizóse Juno, la augusta diosa de grandes ojos, y se sentó en silencio, dominando su orgullo. Los dioses celestiales gimieron en el palacio de Júpiter; pero Vulcano, el noble artífice, comenzó a arengarles, dirigiendo dulces palabras a su querida madre, Juno, la diosa de blancos brazos:

“Ocurrirán desgracias intolerables si por causa de los mortales disputáis vosotros dos, provocando contiendas entre los dioses; y desaparecerá la alegría de los festines al vencer la maldad. Aconsejo a mi madre, aunque es prudente, que dirija frases amables a Júpiter, nuestro amado padre, para que no vuelva a incomodarse, perturbando así nuestros banquetes. Si el dios tonante del Olimpo quisiera precipitarnos de nuestros asientos... porque es el más poderoso. Procura calmarlo con palabras suaves, y en seguida nos será propicio”.

Así habló; y dirigiéndose a su amada madre, puso en sus manos una bella copa y añadió estas palabras:

“Sufre y resígnate, aunque estés apenada, madre mía; que mis ojos no te vean atropellada, siéndome tan querida: entonces, por irritado que estuviera,

no podría auxiliarte, pues es difícil resistir al soberano del Olimpo. La otra vez me asió por un pie, y me lanzó fuera del umbral de los dioses, porque traté de socorrerte: el impulso me duró un día entero, y vine a caer en Lemnos, al ponerse el sol; me recogieron los sintios cuando solo me quedaba un soplo de vida”.

Esto dijo; y Juno, la diosa de blancos brazos, se sonrió, y recibió en sus manos la copa de su hijo, el cual, empezando por la derecha, escanció vino a todos los demás dioses, sacando el dulce néctar de una profunda crátera. Entonces estalló una risa inextinguible entre los dioses bienaventurados, al ver a Vulcano agitándose para servir en el palacio.

Así celebraron un festín que duró todo el día hasta la puesta del sol, y no faltó alimento abundante para todos, ni la magnífica lira de Apolo; no faltaron las musas que cantaron alternando con voces armoniosas.

Pero cuando desapareció la brillante luz del día, cada uno de los dioses fue a acostarse a la casa que Vulcano, el ilustre cojo de ambas piernas, le había construido con arte admirable. También Júpiter Olímpico, el dios que manda el rayo, se dirigió a su lecho habitual cuando le sobrevino el dulce sueño: allí subió y quedóse dormido, y a su lado Juno, la diosa del trono de oro.